

Que alguien me corrija si estoy equivocado, pero creo recordar que era Nena Daconte el nombre de aquella muchacha literaria que se pinchó el dedo con la espina de una rosa. Le ocurrió en Madrid, y gota a gota, la hemorragia fue jalando su viaje de bodas hasta un hospital parisino, donde llegó desangrada para morir. Parecía sacada de un culebrón colombiano, un ángel de buena familia y mejor educación, diestra amazónica, guapísima, divertida y rubia natural de bucles trigueños. Su fatal tropiezo lo cuenta García Márquez en un relato titulado *El rastro de tu sangre en la nieve*, y entre líneas se puede adivinar la expresión de perplejidad de aquella criatura ante la llegada de una muerte que venía a chuparle la sangre. “¿Qué delito cometí?”, se preguntaría con los últimos arrestos la celeste heredera, que no tenía conciencia de haber roto un plato en su vida.

Su recién estrenado marido, otro galán de culebrón, rico, ingenuo y musculoso, intentará inútilmente visitarla en la habitación donde agoniza. No se lo permitirán, y esa opacidad informativa viene a sumarse al misterio original de aquella hemorragia, que nadie puede ni explicar ni detener. Como a Nena, también a su atribulado viudo lo afecta esta abducción vampírica, que paraliza a sus víctimas de pensamiento y obra.

Años después, en 2008, encontraremos en otra mujer la misma mirada perdida de la desangrada Nena Daconte. Estamos de vuelta en su común cuna colombiana, y el rostro pensativo es el de Ingrid Betancourt, con su trenza de doncella ajada, con sus mejillas pálidas y con todos los estigmas fotográficos de su largo y selvático cautiverio (seis años ya) en manos de la guerrilla. La prensa, la familia y el público de a pie debaten y analizan aquellos rasgos de la foto enviada por las FARC, para deducir de ellos si se ha descompensado su diabetes o padece hepatitis C. O si esa evidente anemia que muestran los periódicos es el resultado de las picaduras que le propinan todas las noches de su secuestro unos piojos tropicales, sedientos y feroces.

Se diría, no obstante, que más que enferma lo que parece es rendida. Ese visaje es el que se adopta cuando se ha perdido mucha sangre o se está a punto

GEOGRAFÍA DE LA SANGRE

Un secuestro, una anemia y un vampiro transoceánico



Por Julián Granado



de perder la razón. Y al igual que la muchacha de buena posición desangrada en París, la insignificante cautiva tampoco comprende porqué ella. Fue una mujer de rancios orígenes burgueses que no se dejó arrastrar por ellos, abogó por el diálogo con la guerrilla y ahora esa misma facción la mantiene prisionera desde hace una eternidad.

Ingrid Betancourt no puede entender la razón de tan prolongado sufrimiento, o que esa razón estribe ni más ni menos que

en su elevado valor como moneda de cambio para las FARC. Como todas las personas de orden, Ingrid preferiría morir antes que concebir que en el revés de su mundo funcionan otros varios tipos de lógica, distintas de la que ella profesa. Y que desde la óptica de sus captores se entienda perfectamente lo que no entiende ella.

Pero hete aquí que la alterancia de voces vuelve a saltar el charco. Para obtener la liberación de Ingrid interviene el

mismísimo Sarkozy, mediante un comunicado internacional que *monsieur le Président* dirige a las FARC. Además de candidata en su día a la Presidencia colombiana, la ilustre rehén posee también la nacionalidad francesa. Y además de su innegable pedigrí moral, la suya es una historia humana de tortura, rayana en el martirio, que conmueve al Presidente de la República Francesa. Su corazón, endurecido por huelgas e insurrecciones islamistas, se enternece ante el caso de la compatriota cautiva en la selva americana. Ya se conmovió ante la visión de unas cuantas doncellas enfermeras, apresadas por uno de esos regímenes caníbales que se hacen con el poder en antiguas colonias africanas. Pues bien, parecida a esa causa desesperada es la de la pobre Ingrid Betancourt, y si logra arrancársela a las FARC de entre las garras, Sarkozy se consagrará como el San Jorge del siglo.

Contemplo una fotografía del redentor de cautivas, al que encuentro cierto inquietante parecido. Ese cuerpo menudo y enjuto, esa jovialidad impostada que apenas disimula un trasfondo sombrío... ¿Dónde he visto esos ojuelos plomizos con destellos de carbunco, esos colmillos filosos y esas entradas que le ensanchan la frente? ¿Dónde esa debilidad por la piel fresca de las muchachas, ante cuya cercanía tiembla ansiosa su mano de mandatario inflexible? ¿A quién se parecería si para un baile de disfraces se pusiera una larga capa de mago, de alto cuello en el que sumergir las orejas? ¡Cielos! ¡Pero si es él! El inmortal príncipe Vlad Tepes que dormita en las tinieblas del tiempo. ¡El mismísimo conde Drácula! ¿No es Sarkozy hijo de húngaro? Y lo magiar, ¿no está geográficamente emparentado con los Cárpatos? Pues ahí están las pruebas. Ya se puede afirmar que, en su relevo dinástico, la estirpe inmemorial de los vampiros ha ocupado la Presidencia de la República Francesa.

Y como prueba del nueve, sugiero que en su próxima comparecencia pública, en lugar de insultarlo, la gente agite ante Sarkozy una ristra de ajos. O, mejor aún, que apartando la mirada libidinosa de sus muslos, alguien corra a examinarle el cuello a Carla Bruni.

Julián Granado es médico estomatólogo y escritor.